

La revolución de la ternura

Isidre Fainé es un personaje sorprendente. Es Presidente de Caixa Bank y del Capítulo español del Club de Roma... Prospectivo, conciliador. Las múltiples ocupaciones no le impiden leer mucho y subrayar sus lecturas (“Llibres subratllats”).

Destaco a continuación algunos de los subrayados de Isidre Fainé en el libro *“La revolución de la ternura. El verdadero rostro del Papa Francisco”*, de Francesc Torralba, publicado por editorial Milenio. Hacer el “extracto de un extracto” es tarea muy difícil, pero vale la pena intentarlo para contribuir a que sean muchos los que, al leer lo “subrayado de lo subrayado” se animen a leer el libro en su conjunto.

...

Primero, fueron sus gestos lo que cautivó mi atención; luego fueron su proximidad y su cercanía, además de los gestos y las palabras, y, finalmente, han sido sus acciones.

Ha cautivado la atención de personas de muy distinta procedencia, con sus palabras, sus homilías, particularmente, sus gestos, cargados de

significado, de un contenido semántico que, por su claridad, generan simpatía a ciudadanos muy distintos.

En su pensamiento existe una visión, una orientación, una hoja de ruta que se va labrando a lo largo de una secuencia de gestos y que apuntan hacia una reforma y una transformación de la Iglesia y, por extensión, de la sociedad.

A su juicio, la crisis que padece nuestro mundo trasciende lo económico y lo social, también lo cultural y educativo, pues esta es una crisis antropológica, que afecta la misma concepción del ser humano, su naturaleza, su razón de ser, el sentido de su existencia.

Se ha olvidado y se olvida aún hoy que por encima de los asuntos de la lógica y de los parámetros de mercado está el ser humano, y hay algo que se debe al hombre en cuanto hombre, en virtud de su dignidad profunda: ofrecerle la posibilidad de vivir dignamente y participar activamente en el bien común.

Frente a la resignación, frente a la moral de derrota, al “no hay nada que hacer”, a la salida pragmática y acomodaticia, Jorge Mario Bergoglio exhorta a vencer la desilusión, a superar el desánimo a través de la fuerza de la esperanza.

La construcción de este futuro depende de la libertad y de la creatividad humana.

El trabajo humano obedece a esta finalidad. No es ni una condena ni un mal inevitable; es el modo de contribuir a la recreación del mundo.

Jorge Mario Bergoglio entiende que la construcción del futuro requiere la memoria del pasado y la configuración de un orden nuevo a partir de los elementos positivos que brinda la historia pretérita.

Sobran diagnósticos, pero faltan propuestas.

Frente a la visión irracional de ciertos proyectos emancipadores del siglo XX que tenían como misión realizar el cielo en la tierra, el *Papa Francisco pone el centro de la utopía en la inquebrantable dignidad de todo ser humano*. Frente al idealismo irracional, subraya el valor de la racionalidad; pero frente al pragmatismo desesperado, hace hincapié en el valor de la esperanza en que otro mundo es posible y necesario.

Ser creativos no significa, a su juicio, plantear una enmienda a la totalidad, descartar todo lo que hay, pues también en la realidad presente hay semillas de verdad. “No hay futuro sin presente y sin pasado: la creatividad implica también memoria y discernimiento, ecuanimidad y justicia, prudencia y fortaleza”.

No miréis la vida desde el balcón. Implicaos allí donde están los desafíos, que os piden ayuda para llevar adelante la vida, el desarrollo, la lucha a favor de la dignidad de las personas, la lucha contra la pobreza, la lucha por los valores y tantas luchas que encontramos cada día.

La plenitud de los tiempos es el final de la historia, pero mientras exista el tiempo, existe la posibilidad de edificar la civilización del amor.

Procesos de acercamiento al otro, extraño y diferente, cuyo fin es transformarle en prójimo.

“El amor y la misericordia tienen su lugar ante todo en las relaciones humanas de proximidad. Pero también son una condición fundamental e indispensable para la convivencia dentro de un pueblo, así como entre los pueblos”.

Tiene su medida en la persona concreta, doliente y necesitada con la que nos encontramos en el camino.

Jorge Mario Bergoglio subraya la necesidad de recuperar la centralidad de la persona en la vida social, económica y política y critica intensamente el economicismo. Ideología, el centro es el capital, la ganancia, el mundo contemporáneo idolatra el dinero. Todo tiene un precio, nada está fuera del mercado. El hombre ha dejado de ser la medida de todas las cosas para ocupar ese lugar el dinero. Pone en el centro de la vida el dinero.

El humanismo trascendente ubica al ser humano en el centro del universo, pero ello también le convierte en responsable y velador de la naturaleza.

Las personas tenemos una relación compleja con el mundo en que vivimos. Somos parte de la naturaleza; nos atraviesan los mismos dinamismos físicos, químicos, biológicos, que a los demás seres que

comparten el mundo con nosotros. “Somos parte del todo”, un elemento admirable equilibrio de la Creación.

Critica el relativismo en la relación con la naturaleza.

Frente al relativismo, destaca la necesidad de articular una nueva sabiduría, de elaborar un nuevo paradigma en la relación entre ser humano y naturaleza. El ser humano está llamado a respetar el mundo y a todo ser humano que viva en él.

El otro no es un límite a mi libertad, sino su misma condición de posibilidad. Sin el otro, no hay libertad posible, porque ser libre es darme al otro, ofreceré al otro, liberarme del egoísmo que me encierra en mi propio ser para poder crecer con el otro.

Opone a la antropología de la desesperación una antropología de la esperanza, de la alegría fundada en el acontecimiento pascual.

Si se la entiende como el final de todo, la muerte asusta, aterroriza, se transforma en amenaza que quebranta cada sueño, cada perspectiva, que rompe toda relación e interrumpe todo camino.

El único motivo por el cual tenemos algo que hacer en el campo de la educación es la *esperanza en una humanidad nueva*.

Si nuestras escuelas no son el espacio *donde se está creando otra humanidad*, donde arraiga otra sabiduría, donde se gesta otra sociedad,

donde tienen lugar la esperanza y la trascendencia, estamos *demorando un aporte único en esta etapa histórica*. Si en ellas no se privilegian la palabra y el amor por sobre los mecanismos de dominio y la rivalidad, no podemos hablar de escuela cristiana. Sin en ellas la “excelencia” no se entiende como *excelencia de la calidad*, que supera todas las demás “virtudes” (y habilidades) lejos está la Resurrección de nuestras casas.

Jorge María Bergoglio no sólo critica la ideología economicista, también en el individualismo postmoderno y la comprensión del ser humano como un individuo inconexo, autárquico y autosuficiente.

Diálogo, diálogo, diálogo. Es la cultura del encuentro, una cultura en la que todo el mundo tiene algo bueno que aportar, y todos pueden recibir algo bueno a cambio.

Frente al autoritarismo, al imperialismo y a la coacción, el Obispo de Roma defiende el diálogo.

Escuchar a los demás y luego hablar. Primero, escuchar y luego hablar.

La universidad debe ser el lugar de encuentro por definición.

Aislamiento, no; cercanía, sí. Cultura del enfrentamiento no; cultura del encuentro.

Para la paz se necesita un diálogo tenaz, paciente, fuerte, inteligente, para el cual nada está perdido.

La persona es el centro de gravedad, el protovalor de la sociedad y que la economía debe supeditarse a ella y no al revés.

Defiende la necesidad de la economía, del comercio y del intercambio de bienes, pero subraya la exigencia *de articular un nuevo paradigma económico* vinculado, estrechamente, a la ética. Una economía humanista, abierta al don y sustentada en el principio de gratuidad.

Una economía global exige una ética global fundada en el respeto a la dignidad de todo ser humano.

A su juicio, no sólo la economía debe ser profundamente transformada; también la política. En ambas esferas, la persona tiene que ocupar el centro, pues de otro modo no existe posible futuro para la humanidad.

El futuro nos exige también una visión humanista de la economía y una política que logre cada vez más y mejor la participación de las personas, evite el elitismo y erradique la pobreza.

Sólo si se educa a los nuevos directivos y ejecutivos en otro sistema de valores, en otra cultura empresarial que no tenga como único fin el beneficio a cualquier precio, sino que, además, contemple la dignidad inherente de todo ser humano como una línea roja que en ningún caso se puede transgredir, será posible edificar otro mundo.

La sociedad actual es profundamente excluyente y elitista, de tal modo que abandona en los márgenes o en la periferia a miles de ciudadanos que consideran inútiles, que no producen, que no consumen, que no aportan beneficios económicos. Critica, con firmeza, esta sociedad de la exclusión y frente a la práctica del abandono subraya la tesis que todo ser humano cuenta, porque todo ser humano, independientemente de su estado de desarrollo, tiene una dignidad inherente.

El Papa Francisco lamenta, especialmente, la exclusión de los jóvenes y de los ancianos. Los primeros son, a su juicio, la esperanza del futuro, la promesa de la sociedad, mientras que los segundos son la memoria viva del pasado.

Reivindica la necesidad de una economía centrada en la persona y en el bien común. Repite enérgicamente que el dinero está al servicio de la persona y no al revés.

La crisis mundial que afecta a las finanzas y a la economía pone de manifiesto sus desequilibrios y, sobre todo, la grave carencia de su orientación antropológica que reduce al ser humano a una sola de sus necesidades: el consumo.

Este desequilibrio proviene de ideologías que defienden la autonomía absoluta de los mercados y la especulación financiera. Se instaura una nueva tiranía invisible, a veces virtual, que impone, de forma unilateral e implacable, sus leyes y sus reglas.

El éxodo de sí mismo. Se trata de salir de uno mismo para llegar a donde esté el otro, con el fin de paliar su sufrimiento y velar para que pueda desarrollarse plenamente como ser humano.

Salir de sí mismos para emigrar a las periferias de la existencia, para hacerse presentes en esos lugares y entornos marginales.

Se trata de emigrar del centro a la periferia, de la luz a la oscuridad, de la centralidad a los márgenes, de la comodidad a la intemperie, pues es precisamente ahí donde se requiere el consuelo, la esperanza, la acción transformadora.

La pobreza es el gran escándalo y el cristiano no puede ser de ningún modo indiferente a ella.

Salir fuera de sí mismo exige audacia, innovación, creatividad y confianza en el Señor. Atreverse.

La fuerza de la coherencia radica en el testimonio y no en las palabras.

La habituación es una forma de pereza y de cobardía. Se acepta la miserable situación de miles de seres humanos como algo inevitable, como algo que no puede cambiar.

La persona y la dignidad humana corren el riesgo de convertirse en una abstracción antes cuestiones como la desnutrición, la marginación, la violencia, la violación de las libertades fundamentales o la especulación financiera. La persona y la dignidad son los pilares sobre los cuales

construir reglas compartidas y estructuras que, superando el pragmatismo o el mero dato técnico, sean capaces de eliminar las divisiones y colmar las diferencias existentes.

Contemplamos los dramas del mundo como algo que no nos atañe.

Además de la globalización de la economía, de las comunicaciones, de la tecnología y de las grandes marcas comerciales, nuestra sociedad se caracteriza por otra globalización más sutil, pero mucho más grave: la de la indiferencia.

La globalización de la indiferencia nos ha quitado la capacidad de llorar.

La Iglesia no puede ni debe mundanizarse. Cuando se convierte en una pura organización de poder, en un sistema funcionarial y administrativo o bien en una entidad orientada a generar bienestar social, emocional y espiritual a sus miembros deja de ser lo que es, se desnaturaliza, pierde su razón de ser.

La fe invita al científico a trascender su mirada racional. A reconocer ámbitos y niveles de la realidad que están más allá del método científico y que, precisamente por ello, la ciencia no puede comprender, ni explicar, ni codificar.

Creer significa confiarse a un amor misericordioso, que se siempre acoge y perdona, que sostiene y orienta la existencia.

Para el Papa Francisco, Dios es la Realidad en mayúscula, realidad que trasciende la mente y la imaginación humanas.

La novedad que Dios ofrece a nuestra vida es definitiva... Dios es la novedad que no deja de ser nunca pues jamás pasa y quien se adentra en la relación personal con Él, esto es la fe, empieza una aventura que no tiene final.

El amor insondable de Dios tiene un efecto decisivo, disipa el sentimiento de soledad, de abandono. Esta presencia sutil de Dios en la vida del creyente es una fuente de serenidad y de pacificación. Quien cree en un Dios cuya naturaleza es amor jamás está solo.

La misericordia es la verdadera fuerza que puede salvar al hombre y al mundo del “cáncer” que es el pecado, el mal moral, el mal espiritual.

Sólo el amor llena los vacíos, las vorágines negativas que el mal abre en el corazón y en la historia. Sólo el amor puede hacer esto y esta es la alegría de Dios.

La paciencia es un fruto del amor. Quien ama es paciente, tolera el ritmo del otro, no le exige un paso acelerado, acepta sus errores, asume sus debilidades.

La Iglesia no es una asociación asistencial, cultural o política; es un cuerpo vivo, que camina y actúa en la historia, que tiene a Jesucristo como cabeza que lo guía, lo alimenta y lo ayuda.

Nadie es inútil en la Iglesia. Nadie es secundario. Nadie es el más importante en la Iglesia: todos somos iguales a los ojos de Dios. Todos somos iguales.

¡En esta comunión –comunión quiere decir común-unión- somos una gran familia, donde todos los componentes se ayudan y se sostienen entre sí!

La responsabilidad ecológica emana de la noción cristiana de creación.

Nuevo paradigma de comprensión de la relación entre la especie humana y la naturaleza. Un don de Dios, orgánico y frágil, que debe de ser amado, respetado y regulado según la misma ley de Dios. El obispo de Roma elabora un pensamiento sobre la naturaleza a partir de la idea de *fraternidad cósmica o universal*.

La crisis ecológica tiene lugar cuando el ser humano impone su ley, cuando acelera los ritmos naturales para obtener beneficios económicos más velozmente, cuando se ubica en el centro y convierte la naturaleza en un objeto de explotación.

“Cultivar y custodiar” no comprende solo la relación entre nosotros y el medio ambiente, entre el hombre y la creación; se refiere también a las relaciones humanas. *Ecología humana*, estrechamente ligada a la *ecología medioambiental*.

Lo que domina son las dinámicas de una economía y de unas finanzas carentes de ética.

Entiende que la economía neoliberal globalizada no sólo genera injusticias sociales sino que tiene efectos letales sobre los ecosistemas, es decir, sobre el don de la creación.

El mantra de la economía neoliberal es muy caro: “el beneficio es lo único que cuenta”. El resultado de este mantra es la destrucción, la aniquilación de seres humanos, de familias, pero también de los seres naturales.

Los seres humanos no somos menos beneficiarios, sino custodios de las demás criaturas.

Frente a la apatía y a la indiferencia, subraya el compromiso y la solidaridad: frente a la cultura de descarte y de la exclusión, el Papa Francisco hace hincapié en la cultura de la inclusión y de la solidaridad.

Federico Mayor Zaragoza, responsable del “extracto”.

7 de agosto de 2015.